# Domingo 1º de Adviento - Ciclo B

**Lectura del libro de Isaías (63,16b-17.19b;64,2b-7):**  
  
Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre de siempre es «Nuestro redentor». Señor, ¿por qué nos extravías de tus caminos y endureces nuestro corazón para que no te tema? Vuélvete, por amor a tus siervos y a las tribus de tu heredad. ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases, derritiendo los montes con tu presencia! Bajaste y los montes se derritieron con tu presencia, jamás oído oyó ni ojo vio un Dios, fuera de ti, que hiciera tanto por el que espera en él. Sales al encuentro del que practica la justicia y se acuerda de tus caminos. Estabas airado, y nosotros fracasamos; aparta nuestras culpas, y seremos salvos. Todos éramos impuros, nuestra justicia era un paño manchado; todos nos marchitábamos como follaje, nuestras culpas nos arrebataban como el viento. Nadie invocaba tu nombre ni se esforzaba por aferrarse a ti; pues nos ocultabas tu rostro y nos entregabas en poder de nuestra culpa. Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú el alfarero: somos todos obra de tu mano.  
  
**mo 79,2ac.3b.15-16.18-19  
  
R/.** *Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve*  
  
Pastor de Israel, escucha,   
tú que te sientas sobre querubines, resplandece.   
Despierta tu poder y ven a salvarnos. **R/.**  
  
Dios de los ejércitos, vuélvete:   
mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña,   
la cepa que tu diestra plantó,   
y que tú hiciste vigorosa. **R/.**  
  
Que tu mano proteja a tu escogido,   
al hombre que tú fortaleciste.   
No nos alejaremos de ti;   
danos vida, para que invoquemos tu nombre. **R/.**

## 

**Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1,3-9):**  
La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo sean con vosotros. En mi acción de gracias a Dios os tengo siempre presentes, por la gracia que Dios os ha dado en Cristo Jesús. Pues por él habéis sido enriquecidos en todo: en el hablar y en el saber; porque en vosotros se ha probado el testimonio de Cristo. De hecho, no carecéis de ningún don, vosotros que aguardáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Él os mantendrá firmes hasta el final, para que no tengan de qué acusaros en el día de Jesucristo, Señor nuestro. Dios os llamó a participar en la vida de su Hijo, Jesucristo, Señor nuestro. ¡Y él es fiel!

**Lectura del santo evangelio según san Marcos (13,33-37):**  
  
En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje y dejó su casa, y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros lo digo a todos: ¡Velad!»

**Domingo /B**

Adviento quiere decir venida. El cristianismo a diferencia de otras religiones orientales es la Religión del Dios que viene a buscarnos. Es Él, no nosotros, quien toma la iniciativa de venir al encuentro. Creer es darle entrada en nuestra vida. Adviento y Navidad nos lo recuerdan todos los años: Dios vino al mundo-hace dos mil años-, ahora quiere venir a nosotros, y volverá al final de los tiempos. Aunque hoy no es fácil tener esperanza en un futuro más justo y gozoso, el Adviento, es una invitación a renovar nuestra fe activa y nuestra esperanza. Jesús está en Jerusalén, sentado, conversando con cuatro discípulos. Les ve preocupados por saber cuándo llegará el final de los tiempos. A Él, por el contrario, le preocupa como vivirán sus seguidores después de Él. Por eso los descubre su inquietud: «Estad alerta y velad», y dejando de lado el lenguaje terrorífico de los visionarios apocalípticos, les recuerda una pequeña parábola: «Un hombre, dejando su casa, se va a tierras lejanas». Pero, antes de ausentarse, «dio facultades a sus siervos, confiando a cada uno su tarea». Al despedirse, sólo insistió en algo: «Velad, porque no sabéis cuándo volverá el dueño de la casa». Cuando vuelva, que no os encuentre dormidos. El relato sugiere que los seguidores de Jesús forman una familia. La Iglesia será "la casa de Jesús" que sustituirá "la casa de Israel". En ella todos son servidores. No hay señores. El único Señor es Jesús, que se hizo servidor de todos, especialmente de los más débiles. ¡Ay, qué nos cuesta asimilar eso a los que tenemos un cargo especial en la iglesia! Tanto los sacerdotes como los obispos, tenemos un ministerio palabra que significa servir. Esta es la palabra significativa, más que cargo, autoridad o jerarquía. A veces lo olvidamos. Qué bonita, inspirada y evangélica es la definición que algún santo dio del obispo de Roma o sea del Papa, diciendo que es y debe ser el "servus servorun Dei", o sea, “siervo de los siervos de Dios”. Indirectamente nos definía a nosotros los cristianos, los diáconos, los sacerdotes, y los obispos como siervos de Dios. La singularidad de la autoridad fácilmente envanece incluso cuando es fruto de los votos democráticos como lo vemos ahora en tiempo postelectoral. Qué difícil es asimilar aquellas palabras del Señor: "El que esté por encima de vosotros que sea vuestro servidor!" O aquellas otras: "Yo he venido a servir, no a ser servido". El Evangelio de hoy es muy claro: El único Señor de la casa es Jesús, el Cristo, el enviado del Padre, Dios. Los demás todos, todos, somos y debemos ser servidores de Cristo y de los hermanos. ¡Pero, cuidado! Servidores activos, no pasivos. Nadie debe permanecer inactivo en la tarea que Jesús nos ha encomendado por el bautismo. Tenemos que hacer activa la fe recibida. Hoy, dado el ambiente que quiere reducir la dimensión religiosa al ámbito puramente interior y privado, corremos el riesgo de ceder a esta presión. Nos puede parecer que nuestra palabra, nuestro testimonio y nuestra osadía, puedan sonar extraños en un mundo hostil, que pasa de la religión y deja de lado incluso el nombre de Dios. Es precisamente en este mundo hostil - que es el nuestro, porque no hay otro-donde tenemos que hacer presentes nuestro testimonio, nuestra palabra, nuestro ejemplo y nuestra osadía, tan prudentemente como queramos, pero tan claramente como hace falta hoy. La verdadera fidelidad a Dios no se vive desde la pasividad y desde la inercia de quien no arriesga nada, sino desde la osadía de quien acepta el reto del mundo de hoy. Debemos pensar, no con temor sino con confianza de hijos, que cuando volverá el único dueño de la casa, Jesús, aunque sea con sorpresa, nos quiere encontrar velando y trabajando. Y lo que nos preguntará es: si seguimos viviendo en el camino abierto por él de servicio a los más necesitados. No nos preguntará por nuestros títulos, honores o éxitos, sino si le hemos servido a Él en las personas necesitadas. Esta será la piedra de toque del rendimiento de cuentas y del premio o del rechazo: "Tenía hambre y me disteis de comer... Venid conmigo benditos de mi Padre, o lejos de mí porque no me disteis de comer". Él no puede convivir eternamente con el egoísmo o con la pasividad. Por eso insiste hoy hasta tres veces: «velad». Es un mandato a los creyentes de todos los tiempos: «Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: Velad». Velad y amad de verdad, no para quedar bien. Nadie de nosotros puede colaborar a que siga aumentando a nuestro alrededor, aún más, la distancia y el desafecto de la gente, de los jóvenes especialmente, respecto de la Iglesia de Jesucristo. Jesús nos quiere ver a todos despiertos, activos y colaborando con lucidez y responsabilidad, y con osadía, si es necesario. Adviento es acogida, esperanza y acción. Estemos alerta, recibamos y actuemos estimulados por la venida constante de Cristo en nuestro corazón. Lejos de nosotros el miedo que bloquea. Si acogemos su 1 ª venida, ¿por qué tenemos que temer la 2 ª y última? Me parece que era San Agustín que decía .. ¿Por qué has de tener miedo de encontrarte con quien tu amas y sabes que te ama? Es consolador.